

Así es al salvador de Sodoma y de Gomorra a quien debo las horas de emoción y de belleza que me han procurado *L'oncle Anghel*, *Les chardons du Baragan*, *Kyra Kyralina*. Así va hacia él mi acción de gracias y hacia la fuerza oculta que mantiene el mundo permitiendo que la bondad suprema vaya a unirse muy raras pero algunas veces, al supremo talento.

Los hombres que realizan esta unión no arrastran siempre tras su carro mortuorio todas las celebridades que han visto mis ojos desfilas tras los despojos del Mariscal Foch, pero como los pilares de las catedrales góticas quedan ahí manteniendo, frente al paso de los siglos, su belleza eterna.—MARTA VERGARA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At57-12ICJV10012>

Internacionalismo cultural

LAS Universidades de la costa norteamericana del Pacífico están logrando convertir estas zonas, geográficamente remotas, en centros de comunicación internacional. Uno de los medios más eficaces que se ponen en práctica es la celebración de Institutos para la libre discusión. Uno de estos Institutos acaba de celebrarse en Los Angeles, otro va a tener lugar en Seattle; en el de Los Angeles se estudiaron asuntos norteamericanos y mexicanos; en Seattle, habrá canadienses, ingleses, yanquis, mexicanos, japoneses y gentes de las Islas Hawai. Las razas del Pacífico estarán allí congregadas en uno de los primeros encuentros pacíficos en que cada uno podrá hablar de sus empeños, sus necesidades y sus ideales. No se trata, ya se supone, de encuentro de agentes diplomáticos que llevan ya escrito el discurso; no se trata de semipolizontes como los que fueron a pedir a La Habana que se limitara el derecho de la prensa internacional para comentar los crímenes de los países tiranizados. En estos Institutos, salvo los raros casos en que logra colarse el delegado oficial, hablan los representantes de la conciencia de los pueblos. Y aún cuando aparece el delegado oficial o la larga y lamentable comitiva de los comisionados y propagandistas políticos que se disfrazan de intelectuales, el público es advertido de antemano y sabe ya la clase de piadosa sonrisa que tiene que dedicar a los visitantes. Comúnmente, sin embargo, a esta clase de enviados se les pasea, se les alimenta y luego se les despide, con el alivio de que no queda memoria ni de sus nombres.

Pero en los Institutos Internacionales a que me vengo refiriendo, es otra la clase de gente que asiste y, por otra parte, para garantizarse hasta donde es posible, contra la propaganda política, se exige que los trabajos sean presentados por escrito y generalmente se les publica, para que quede memoria de lo tratado. Y cada vez van siendo más eficaces estas reuniones de gente de pensamiento. Se piensa, al estar en ellas, que tal vez representan una manera nueva y superior de comunicación y de fraternidad. En general, las relaciones internacionales las han hecho, hasta el presente, los comerciantes y los guerreros. El comerciante inicia las relaciones movido por el afán del lucro. El soldado va detrás, movido por el deseo del botín o bien en oficio de gendarme para proteger los intereses del mercader. La excepción notoria a esta regla general del intercurso de las naciones la encuentro en los viajes y empresas de los misioneros españoles que iban movidos por el deseo de civilizar y de iluminar conciencias. Pero después de ellos y después de que una reacción de brutalidad y de barbarie destruye hasta la semilla de lo que ellos crearon en nuestra América, la regla vuelve a ser otra vez que los extranjeros se encuentran para traficar o para combatir o bien para mantener el statu quo creado por las guerras y las conquistas, si se reúnen en los congresos internacionales o en las conferencias y cambios de impresiones del diplomático.

Nada de esto ocurre en los Institutos Internacionales que se están celebrando desde hace algunos años en las Universidades. Al contrario, se diría que la Universidad, comienza a reivindicar los fueros del pensamiento y, al efecto, procura colocarlo en condiciones de que se exprese libre de toda sumisión diferente de la necesaria sumisión a los hechos que limitan el ensanche de la verdad. Se exige veracidad, por eso no hay lugar en estas discusiones para el propagandista; se exigen hechos tal y como ocurren, para luego interpretarlos o para señalar la manera de corregirlos; se garantiza la libertad más grande que sea posible obtener en esta época nuestra, todavía semibárbara en que la verdad por ser tan brutal, por ser a veces criminal, es perseguida, sofocada, castigada, equiparada con la traición.

Empeño de verdad y espíritu de humana cooperación, tales son las únicas normas obligadas. Capacidad para tratar los asuntos que se ventilan, preparación comprobada con estudios, con libros, y sentido de humanidad comprobado con una vida de trabajo y con acciones honestas. De otra suerte ni se tiene derecho de opinar en las cuestiones sociales.

Y se piensa al escuchar las discusiones generalmente luminosas que no es el problema de los hombres descubrir la verdad sino ponerla en práctica. La verdad siempre ha sido clara para las gentes honestas. La confusión empieza cuando tratamos de usar el conocimiento para disfrazar nuestras intenciones perversas y para cumplir fines mezquinos.

Verdad y conducta pura son dos realidades inseparables. Cuando se pierde la limpieza de la intención se pierde también el entendimiento claro de los hechos. En seguida se traiciona a sí mismo el orador, el escritor que llega a estos modernos congresos a hablarnos de los intereses de un gobierno o de un grupo, y también en seguida se advierte la verdad del que habla de intereses legítimos y de intereses humanos. La jerga del propagandista denuncia en seguida sus intenciones aviesas y por eso mismo y como en estas reuniones no se llega a conclusiones de importancia inmediata, es frecuente ver que en ellas sólo se expresa la verdad desinteresada de consecuencia mediata, pero interesada en lo que hace a los valores humanos.

Lentamente, muy lentamente—no hay nada más lento que el progreso en una humanidad que sólo es rápida para el error y el mal—, lentamente se va formando, no diré una conciencia internacional, porque soy enemigo de novelorías disparatadas como la conciencia cósmica y otras zarandajas que seducen a los ignorantes; no se trata de una nueva conciencia, porque siempre han existido hombres universales con conciencia universal, pero sí se va engendrando una corriente de pensamiento que puede llegar a traducirse en corriente de acción.

La guerra a muerte que, por ejemplo, se había iniciado en estas costas entre norteamericanos y asiáticos, se convierte en los Institutos Internacionales en intercambio de informaciones y de doctrinas de donde sale cooperación. Los japoneses se presentan ante sus terribles rivales, no con la arrogancia de quienes sienten la humillación de la derrota aún antes de combatir, sino armados de esa sabiduría que sobrevive a los imperios y las conquistas. Nunca han llegado por aquí propagandistas japoneses a hablarnos del valor de sus generales, sin duda porque no se necesita hacer propaganda a generales que han demostrado su competencia militar salvando a su patria de la agresión extranjera; no nos hablan de valor, porque saben que todas las razas dignas lo tienen y hablar de valor es hacerse sospechoso, como se hace sospechoso el que habla de honestidad. Ambas son virtudes fundamentales que se suponen y, por lo mismo, no es menester proclamarlas. Lo que aportan los japoneses a estos Institutos es entonces la colaboración hu-

mana de las doctrinas científicas sociales, que les han permitido ponerse a la altura de la civilización europea, sin ser europeos por la sangre.

Uno quisiera, al oír hablar a los japoneses, poder decir de nosotros los mexicanos otro tanto de lo que se dice del Japón. Y en vano fatigamos la mente para buscar doctrinas que sean autóctonas, hazañas que no impliquen destrucción y sí construcción. Me encontraba yo en uno de estos Institutos, en que es menester mostrar pruebas de cultura, cuando recibí un folleto en que se pretende justificar una gran medida de salvación nacional. ¿Sabéis cuál era? Se trata nada menos que de pedir la confiscación de los bienes de los españoles y su expulsión; otra expulsión en masa, otro atropello nacional, otra hecatombe. Todo esto justificado con citas de Morelos, con palabras que el pobre Morelos no hubiera tal vez reconocido en su juicio, palabras de odio y de ruina que son explicables en un momento de pasión y de lucha, pero no en una hora tan grave como ésta de México en la que todos somos antis y nadie es pro. Todos estamos contra algo, pero nadie se pone en favor de algo que amerite esfuerzo constructivo y acción creadora.

¡Qué duro, qué difícil resulta hablar a la hora en que nos toca decir de México, lo que México hace! Tenemos que contentarnos con decir lo que debiera hacer y en esfuerzos inauditos de imaginación hacemos fantaseos sobre lo que alguna vez hará. Y buscamos en rasgos dispersos la traza de lo que pudiera justificar una esperanza.

Me hablaban el otro día de las Islas Hawai. Una mezcla de razas más complicadas que la de México, un clima excesivo, varias lenguas, ricos y pobres, muchos más pobres que ricos, y, sin embargo, no sé qué dulzura en el ambiente, dulzura de la raza nativa, dulzura hecha fecunda por la laboriosidad del filipino; dulzura que ha estado transformando en progreso la acometividad norteamericana. De todos los países del Pacífico allí representados, aún el cuadro hawaiano era risueño, el cuadro filipino es de ambiciones de independencia fundadas en pruebas de capacidad para el gobierno propio.

En este concierto de éxitos, el concierto de las naciones del Pacífico, yo hablé de que en México ya hay una corriente de opinión que se dispone a poner en práctica los métodos constructivos de un Madero, que—reencarnación de Quetzalcoatl—fué sacrificado, ya no sólo expulsado; pero que, a pesar de todo el peligro comienza a convencernos de que sólo el sentimiento de humanidad es capaz de crear patrias y pueblos. Quetzalcoatl Madero: mientras tu espíritu no reine, seguirá hundiéndose

la patria, seguirá causando bochorno hablar de tus azares en los cónclaves de las naciones; seguirá amenazada tu propia existencia.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Crónica Social.

Palabras preliminares.

ES GRATO observar que la revista *Atenea* ha comprendido con precisión el papel que le pertenece. Hemos estado acostumbrados, por lustros y lustros, a las publicaciones de sentido exclusivo. Desde luego, si la finalidad anunciada aparecía como literaria, había que considerar creada la obligación de no apartarse un punto de su plano. De esta manera, esfuerzos espirituales que debían estar llamados a adquirir amplia resonancia, se embotaban en círculos restringidos, dando supervivencia a ese anacrónico ideal de artistas que tendía a limitar el radio de acción de éstos a la hostil «turrus eburnea».

Ha cambiado el entendimiento de la materia, y esta revista es un ejemplo. Se ha comprendido que las manifestaciones del ejercicio espiritual, que se hallan unidas en su generación interior, por la identidad de la fuerza que las crea, pueden estar unidas en la exhibición exterior. Hay en esto toda una nueva forma de comprender el fenómeno intelectual. La inteligencia genérica la ha dado más de algún escritor, explicando que la poesía no sólo se esconde tras la factura que la tradición ha reconocido, sino dondequiera que la fuente del espíritu muestra su surtidor con el fresco impulso del nacimiento de lo no previsto.

Las distintas categorías antiguas se funden en la esfera de origen. El aparentemente seco razonamiento del intelecto tiene savia jugosa por debajo de la fría superficie que lo cubre. Existe la misma calidad íntima en la expresión lírica, que quiere ser ligada al sentimiento, y en la línea por cuya dirección marcha el filósofo, que aspira a partir de la razón. Un deber fundamental hace que los esfuerzos de uno y otro orden, de cualquier orden en la materia, lleguen juntos hasta el ambiente social, con la convicción de los expertos de que se trata de platos de un mismo guiso.

Es seguro que, en el caso actual, tales premisas han presidido